



Julieta Campos:

Mujer y escritora múltiple

Ignacio Solares

Estamos aquí para recordar a las muchas mujeres que fue nuestra querida Julieta Campos: cubana, mexicana, tabasqueña, escritora, cuentista, novelista, dramaturga, ensayista, traductora, maestra universitaria, periodista cultural, funcionaria pública... Por eso apenas me atrevo a esbozar algunos rasgos de su prolífico trabajo literario y de su labor como directora de la *Revista de la Universidad de México*, publicación que encabezó de mayo de 1981 a enero de 1985, y en donde escribía, en su primer editorial:

El nuevo rostro que ahora muestra una publicación que ha sabido conciliar, como pocas, madurez y juventud, lo que no supone ruptura sino flexibilidad y entusiasmo renovador, el mejor signo de vida. También, los que han hecho, en cada etapa, la *Revista de la Universidad de México* le han comunicado, con su aliento personal, rasgos que acrecentaron riqueza en la diversidad sin mengua de continuidad y solidez. Un poema de Jaime García Terrés trae a este número de una nueva época los ecos de aquella Edad de Oro cuando la revista se abrió hospitalaria, hace ya casi tres décadas, a la efervescencia de un momento altamente creador en las letras de México y de Hispanoamérica. Si casi siempre ha predominado aquí la creación literaria ha sido, de seguro, porque a la literatura le atañe el hombre en lo que tiene de esencial (evoco a Alfonso Reyes) y hacerla es una manera de las más entrañables de hacer cultura. Pero, sin evadir territorios propios de publicaciones especiali-

zadas, también ha sabido explorar por otros caminos los enigmas de la condición humana. No renunciará a ello la *Revista de la Universidad de México* y esperamos que la sientan suya quienes mantienen alerta, en los recintos universitarios, la curiosidad del conocer.

Postulados que, en la época en que ella la dirigió, estuvieron plenamente presentes y magnificados. Qué gran directora de la revista de la UNAM fue Julieta Campos.

Por lo demás, Julieta formó parte de una generación de brillantes escritoras: Elena Garro, Luisa Valenzuela, Inés Arredondo, Rosario Castellanos y Amparo Dávila, entre otras. Generación que, por ser contemporánea de sus contrapartes masculinas, bien podría decirse que constituyeron un “boom femenino latinoamericano”.

Sin embargo, Julieta Campos se diferencia de sus coetáneas por esa intensa obsesión por la muerte, algo único en ella, presente en todas sus novelas, tema con el cual me identifiqué en lo personal plenamente. Para Julieta, la muerte tiene su punto de partida, como debe ser, en el acto creador, por eso en ella Eros y Tánatos son apenas discernibles. La muerte es siempre lo “otro”, la “otra” posibilidad.

En cada una de sus novelas se contempla a sí misma en el acto de escribir. La escritura-espejo vale por sí misma. Junto con Salvador Elizondo, un autor al que tanto se parece, Julieta no sólo aceptó el reto de asumir los lineamientos estéticos de la hasta hoy controvertida *nouveau*



Julieta Campos

roman, los adaptó además a su muy personal escritura que, por otra parte, nunca se doblegó ante ningún canon.

Desde *Muerte por agua*, pasando por *El miedo a perder a Eurídice*, donde potencia al máximo su apasionado quebranto de las formas, hasta *La fuerza del destino*, Julieta Campos se distinguió por un afán de búsqueda de un nuevo lenguaje narrativo que contrastaba con la admirable discreción de su presencia en el escenario de las letras mexicanas.

Toda su obra está entremezclada de enigmas, de ironías, de autoconciencia artística y, sobre todo, de una muy lúcida percepción de la literatura contemporánea; es de una singularidad tal que difícilmente habrá en América una escritora con esa altura de reflexión y brillantez.

Afirmó Julieta: “Escribir es un acto solitario que nos devuelve, una y otra vez, al instante del origen. Acuerdo profundo con el eterno retorno del comienzo, la escritura es una travesía que el escritor emprende hacia su propio centro y que lo sitúa en el centro de todo lo que es. Conjunto formulado en soledad, suscita el más intenso y perdurable de los encuentros, el que un espíritu afín celebra con otro espíritu afín”.

La precisa, quirúrgica, escritura de Julieta Campos encuentra en *Tiene los cabellos rojizos y se llama Sabina* (Premio Xavier Villaurrutia 1974) su novela más rica y compleja. Aquí aparece el postulado de una autora que procuró diluirse en su literatura y no ser ella sino “ellos”. Dice: “Represento un papel pero es mucho más modesto, casi mínimo, yo diría que virtualmente inexistente: represento un papel que es el de muchos y que sin embargo a nadie le interesaría robarme porque todos sueñan

los grandes papeles, con la trascendencia y con la grandeza, y no se detienen, nunca se detienen un solo instante, nunca se paran y contemplan la escenografía. Yo hubiera tenido que escribir una novela pero las novelas, dicen, se escriben con las cosas que pasan y a mí, que soy tantos, nunca me ha pasado nada”. Como Bernard Shaw, podría decir: “Yo, que no soy nada ni nadie, puedo entenderlo todo y a todos”.

De este modo, la novela se levanta como un documento que se sumerge en el misterio y la escritura, y apela, entonces, a un sinnúmero de ecos, que advierten al lector sobre técnicas, tendencias, matices de estilo, estéticas posibles, que constituyen una atmósfera prodigiosa, una transfiguración múltiple del acto de novelar.

Narradora a la que los críticos han llamado “quintaesenciada” y “evanescente”, Julieta Campos realiza el arte de narrar a través de novelas más que simplemente lúdicas y casi delirantes. Lo que conocemos como narrador omnisciente se transforma en coro cuasi-griego que cuenta una misma historia en múltiples direcciones y desde infinitos registros. Y cada voz (porque difícilmente podríamos referirnos a estos ecos poéticos como “narradores”) tiene su mundo, sus obsesiones, sus personales e infinitas lecturas sobre las demás voces que, aunque parecieran no escuchar, intuyen. Sobre todo eso: intuyen.

En *Muerte por agua*, por ejemplo, se entremezclan las voces de la madre, del padre y de la hija quienes mantienen un diálogo consigo mismos al tiempo que hablan o parecen dialogar entre sí. En *La fuerza del destino*, ejercicio mucho más arriesgado al involucrar un mundo de voces en concierto preciso y tangible, parece mucho más emparentada con la ópera que con lo novelesco, y es que en cada novela Julieta persiguió una evolución no sólo en su estilo personal sino también en el género novelesco mismo. Es posible que haya elegido este recurso de caleidoscopio desde su muy particular visión, pues resulta imposible que una historia que involucra a varios personajes sea narrada de otra forma que no sea a través de voces simultáneas, sobre todo si se trata de una utopía histórica como en el caso de su última gran novela.

En un pequeño libro, *Función de la novela*, publicado por Joaquín Mortiz en 1973 —durante largo tiempo inconseguible y que ahora se puede leer otra vez en el segundo volumen de sus *Obras reunidas*—, Julieta escribió, refiriéndose a *En busca del tiempo perdido* de su venerado Marcel Proust: “La autobiografía profunda invade la obra. La realidad se asienta, la obra no es otra cosa que la afluencia del recuerdo, capaz de rescatar la sustancia todavía vibrante de la vida”. Paradójicamente, quizá sin saberlo, Julieta estaba refiriéndose a su propia vida siempre presente a través de su obra. ■

Texto leído en el Homenaje a Julieta Campos el pasado lunes 26 de noviembre en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.